

La exaltación de Cristo

1. LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

La sepultura de Jesús

Jesús fue sepultado

Los relatos evangélicos de la Pasión incluyen una descripción minuciosa de la sepultura de Jesús (cf. Mt 27, 57-61 ; Mc 15,42-47; Lc 23, 50-56; Jn 19, 38-42). La misma mención explícita encontramos en Hech 13, 29 y en la síntesis que presenta San Pablo en 1Co 15, 4 .

La sepultura de Jesús constituye tema fundamental de la catequesis bautismal (cf. Rm 6, 4 ; Col 2, 12; Ef 5, 14). Por el Bautismo, se realizan en el bautizado de modo místico los misterios de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, misterios que causan en los bautizados una salvación real

La sepultura de Cristo forma parte de lo que hizo y padeció por nuestra salvación

La sepultura de Cristo es consecuencia y complemento de su muerte y, por lo tanto, tiene también carácter salvífico. Cristo es sembrado en el sepulcro como el grano de trigo, que cae en el surco y produce fruto abundante .

El cuerpo de Cristo no sufrió la corrupción del sepulcro

El cuerpo muerto de Cristo no sufrió corrupción en el sepulcro, conforme dice San Pedro en su primer sermón en Jerusalén: (David) lo vio con anticipación y habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en los infiernos ni su carne vio la corrupción (Hch 2, 31).

Jesucristo “descendió a los infiernos”

En el siglo XIII dos concilios ecuménicos mencionan solemnemente el descendimiento de Jesús “a los infiernos”:

- El concilio IV de Letrán, donde se puntualiza que “bajó en el alma y resucitó en la carne” ,
- El concilio II de Lyon (sesión IV [6.VII.1274] DS 852). A partir de aquí es universal la inclusión de este artículo en los diversos catecismos.

El descenso de Cristo a los infiernos, tiene un primer y obvio significado: que Jesús comparte la muerte con los que han muerto, es decir, cumple “las leyes” de la muerte, de tal forma que se pueda decir con verdad que resucita *de entre* los muertos.

El *descenso* a los infiernos es también expresión de la regia soberanía de Cristo sobre la muerte y sobre los muertos. La teología ha considerado que, en este *descenso*, Jesús aporta la redención a los justos que ya habían muerto, es decir, les aplica la redención con su bajada a los infiernos.

Durante tres días, Cristo comparte nuestra muerte

Las frecuentes afirmaciones del Nuevo Testamento según las cuáles Jesús *resucitó de entre los muertos* (Hch 3, 15; Rm 8, 11; 1 Co 15, 20) presuponen que, antes de la resurrección, permaneció en la morada de los muertos. Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos; Jesús conoció la muerte como todos los hombres y se reunió con ellos en la morada de los muertos (CEC, n. 632).

El hecho de la resurrección de Jesús

La resurrección de Jesús es el tema central de la predicación apostólica, y forma una unidad indisoluble con el misterio de la crucifixión y de la muerte. Jesús no está en el sepulcro, dice el ángel a las mujeres, *porque ha resucitado* (Mt 27 69). *A este Jesús Dios le resucitó* – dice San Pedro en su primer sermón en Jerusalén–, *y de eso todos nosotros somos testigos* (Hch 2, 32).

Es la misma afirmación que encontramos en los discursos de San Pablo: *Os anunciamos* – dice en la sinagoga de Antioquía– *la realización de la promesa hecha a nuestros padres, que Dios ha llevado a cabo para nosotros, sus descendientes, al resucitar a Jesús, según estaba escrito en el salmo segundo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy* (Hch 13, 32-33).

La resurrección del Señor constituye una “absoluta novedad” en la historia

La afirmación de la resurrección del Señor es de una radical originalidad. Lo que se dice de Jesucristo resucitado es único: su cuerpo no está en el sepulcro, porque ha vuelto a la vida; pero esta vida no es la anterior a la muerte, sino una muy distinta: ha sido *transformada* en la gloria de Dios. El Resucitado ya no pertenece a la forma de existencia corporal que conocemos y podemos comprobar.

En la resurrección de Jesús existe cierta *analogía* con la resurrección de algunos muertos de la que se habla en los evangelios, p. e., la resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín (Cf. Lc 7, 11-17; Jn 11, 33-34). Con ello se dice que Jesús vuelve a vivir en su corporeidad. Pero una vez dicho esto, aparecen grandes divergencias entre la resurrección del Señor y este tipo de resurrecciones: Jesús no sólo resucita, sino que su corporeidad entra en otro tipo de vida, inalcanzable desde nuestra ladera.

La resurrección del Señor es “verdadera” y “perfecta”

Se suelen enumerar las siguientes características de la Resurrección del Señor, para destacar su absoluta novedad (su resurrección no es un simple regreso a la vida anterior):

- *verdadera*, porque vuelve a vivir aquello mismo que murió;
- *perfecta*, porque constituye una definitiva victoria sobre la muerte, ya que el cuerpo de Cristo vuelve a una vida inmortal;
- *gloriosa*, porque la *deificación* llega hasta el mismo cuerpo de Cristo en el que se manifiesta la gloria de su alma, con las dotes de claridad, impassibilidad y sutileza.

La resurrección del Señor es un “acontecimiento histórico”

Es lógico afirmar que la resurrección de Jesús es un *hecho histórico*, pues nos es transmitida por *testigos fiables*. Ciertamente es un hecho histórico único: no hay otro igual y por eso no se puede remitir a un paradigma parecido.

Este hecho ha sido transmitido por unos testigos que pueden dar testimonio de él porque han visto al Resucitado. “Como testigos del Resucitado, los apóstoles son las piedras de la fundación de su Iglesia. La fe de la primera comunidad de creyentes se funda en el testimonio de hombres concretos, conocidos de los cristianos y, para la mayoría, viviendo entre ellos todavía” (CEC, n. 642).

“Ante estos testimonios es imposible interpretar la Resurrección de Cristo fuera del orden físico, y no reconocerlo como un hecho histórico” (CEC, n. 643).

El “escándalo” de la resurrección de Cristo

En cierto sentido, también hoy la fe cristiana *debe* producir escándalo a todo pensamiento cerrado a lo sobrenatural, encerrado en el poder de la ciencia, pues lo que proclama la Iglesia es que Jesús ha resucitado. Y basa su afirmación, no en razones científicas, ni en el parecer de sabios, sino en el testimonio de los Apóstoles, es decir, en el testimonio de unos pescadores.

La Resurrección de Cristo es clave en la fe cristiana

San Pablo expresa esto con palabras fuertes: *Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación, vana es también nuestra fe. Seremos falsos testigos de Dios, porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo... Y si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres* (1 Co 15, 14 y 18).

Así pues, quien acepte la doctrina cristiana no puede deshistorizar la resurrección del Señor privándola de su realidad fáctica. La insistencia con que los Padres repiten que Jesús resucitó verdaderamente es paralela a la insistencia con que afirman que nació verdaderamente de María Virgen, y murió verdaderamente.

El testimonio del Nuevo Testamento sobre la Resurrección del Señor

Todos los escritos del Nuevo Testamento hablan de la resurrección de Jesús. Unas veces se trata de narraciones largas, como es el caso de los evangelios; otras, de exposiciones directas y aplicaciones teológicas; otras veces se trata de proclamaciones en himnos, o de breves confesiones de fe.

Todos estos testimonios apuntan hacia lo que constituye una dimensión esencial del ministerio apostólico: dar testimonio de la resurrección de Jesús. Es significativo que la condición que se pone para la elección de quien ha de ocupar el puesto que Judas ha dejado vacante en el apostolado es que quien sea elegido haya convivido con el Señor y *sea testigo con nosotros de su resurrección* (Hch 1, 21-22).

Entre estos testimonios destacan los relatos evangélicos en los que se da fe de que el mismo Jesús anunció su resurrección, el testimonio en torno al hallazgo del sepulcro vacío y el testimonio de “haberle visto” después de resucitado.

Jesús anunció su resurrección

Jesús anuncia no sólo su muerte, sino también su resurrección. Así se ve en el conocido pasaje en que compara su muerte-resurrección con el episodio de Jonás, presentando su resurrección como el signo que se dará a su generación. También cuando dice a los fariseos: *Destruid este templo y yo lo reedificaré en tres días* (Jn 2, 13-22; cf. Mt 26, 61; 27, 40; Mc 14, 58), en algunos anuncios de la Pasión (Cf. p.e., Mc 8, 30-32; Mt 16, 20-22; Lc 9, 22), y en otros pasajes (Cf. p.e., Mt 17, 9; Mc 9, 9; Mt 17, 23; Mc 9, 31; Jn 10, 17).

El sepulcro vacío habla de la resurrección

Los cuatro evangelios comienzan a tratar de la resurrección precisamente mencionando el hallazgo del *sepulcro vacío*. No es que el sepulcro vacío en cuanto tal sea la prueba principal de la resurrección: la prueba definitiva de la realidad de la resurrección son las apariciones, particularmente a los once. La realidad del sepulcro vacío sí es imprescindible, en cambio, para que haya tenido lugar la resurrección.

El sepulcro vacío orienta hacia la resurrección y, particularmente, hacia la verdadera corporeidad del resucitado. Jesús no está en el sepulcro, porque ha resucitado: quien quiera encontrarlo debe buscarlo entre los vivos, no en el sepulcro. Este es el mensaje de los ángeles a las mujeres: *No está aquí: ha resucitado, según lo había dicho* (Mt 28, 6); *Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí* (Mc 16, 6); *¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí; ha resucitado* (Lc 24, 5-6).

Las apariciones del Resucitado, argumentos de su Resurrección

El Nuevo Testamento da mucha importancia a las apariciones del resucitado y las menciona con la expresión verbal “fue visto”; con este verbo se subraya la objetividad de la visión: es el mismo Jesús el que se manifiesta, el que *se hace ver*, es decir, es el mismo Cristo el que se muestra *por sí y desde sí*, hasta el punto de que es Él quien sale al encuentro.

También los relatos de las apariciones parten siempre del resucitado, y no son efecto de la fe, de la esperanza o del deseo de verlo por parte de los apóstoles. Es el resucitado el que sale al encuentro, el que se hace presente.

Características del testimonio apostólico

La proclamación de la resurrección del Señor se encuentra presente en la primera predicación apostólica

La conversión al cristianismo implica necesariamente la fe en la resurrección de Jesús. La resurrección del Señor se encuentra explícitamente afirmada en los escritos más antiguos del Nuevo Testamento, que a su vez remiten a una *tradición* recibida y de la que se tiene conciencia que hay que transmitir íntegramente.

El testimonio apostólico está proclamado con toda solemnidad

Es clara la solemnidad con que se proclama la resurrección del Señor, así como el empeño por dejar claro que la resurrección del Señor no pertenece al ámbito de la mera subjetividad de los discípulos, sino al terreno de lo objetivo.

Esto se comprueba, por ejemplo, cuando se hace referencia a la lista de apariciones, a veces con la expresa mención de que aún viven muchos de esos *más de quinientos hermanos*, como garantía de la realidad objetiva de la resurrección del Señor (Cf. 1 Co 15, 1-11).

Los cuatro evangelios narran con sobriedad los acontecimientos que rodean la resurrección del Señor

Las narraciones de la Resurrección ocupan los capítulos finales de los cuatro Evangelios (Mc 16; Mt 28; Lc 24; Jn 20-21). Son relatos de una gran sobriedad. Todos ellos hablan de apariciones de Jesús, pero en ninguno se dice que nadie haya visto resucitar al Señor: sólo testifican con sencillez que el resucitado se les ha aparecido.

En estos relatos se destaca la continuidad entre el crucificado y el resucitado. Se trata del mismo Jesús, que es *reconocido* al aparecerse. Se le reconoce, p.e., al hablar (cf. Jn 20, 16), en la fracción del pan (cf. Lc 24,31). A veces, esta identidad queda subrayada incluso en el aspecto corporal. Así, Jesús invita a comprobar mediante el tacto que es él mismo, que tiene verdadero cuerpo (cf. Lc 24, 39), y muestra las manos taladradas y el costado traspasado (cf. Jn 20, 27).

La resurrección de Cristo como objeto de fe

La gloria del cuerpo resucitado

Los relatos de la Resurrección, a la vez que ponen de relieve que existe identidad entre el cuerpo sepultado y el cuerpo resucitado de Cristo, dan fe de que, siendo el mismo, se encuentra en un estado superior en el que no está sometido a las normales leyes físicas. Así se desprende de la forma en que tienen lugar las apariciones: Jesús, p.e., entra en el cenáculo estando las puertas cerradas (Cf. p.e., Lc 24,36; Jn 20,19-26).

En el texto de 1 Co 15, que tanto hemos citado, San Pablo hablará de la resurrección gloriosa teniendo en mente la gloria que se desprende del cuerpo resucitado de Jesús: se resucita en incorrupción, en poder y en gloria. Se trata, pues, de la corporeidad llevada hasta su máxima posibilidad de glorificación. El mismo San Pablo llamará al cuerpo glorioso “cuerpo espiritual” (1 Co 15, 44), para destacar la diferencia existente entre el cuerpo resucitado y el cuerpo terreno.

La gloria del cuerpo resucitado de Cristo hace que sea necesaria la fe para creer en su resurrección

La diferencia entre el cuerpo muerto y el cuerpo glorioso de Cristo afecta a la misma naturaleza de las apariciones. Si bien es verdad que se trata de apariciones reales —es Jesús el que se “muestra” a los discípulos—, estas apariciones, para ser aceptadas como tales, exigen la fe de los apóstoles.

El cuerpo de Jesús ya no pertenece a este mundo; por decirlo de algún modo, tiene un carácter sobrenatural. Las narraciones evangélicas destacan las dudas incluso de algunos discípulos que ven a Jesús (cf. Mt 28, 17). Era un verdadero *ver a Jesús* y, al mismo tiempo, se requería un don de la gracia para aceptar esta visión.

La exaltación de Cristo como efecto de su Pasión

Cristo, con su obediencia, mereció su glorificación

La predicación apostólica sobre la muerte de Jesús no termina en ella, sino que menciona inmediatamente su exaltación. *Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros crucificasteis*, dice San Pedro en su discurso del día de Pentecostés (Hch 2, 36). Esta exaltación comporta la resurrección de entre los muertos, su Ascensión a la diestra del Padre y el envío del Espíritu Santo (cf. Hch 2, 32-33).

Jesucristo oró por su glorificación

La Resurrección es, antes que nada, la glorificación del mismo Cristo, *hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, por lo que Dios le exaltó y le otorgó un nombre que está sobre todo nombre* (Flp 2,8-9).

Esta glorificación, que le corresponde en atención a su dignidad de Hijo, ha sido además conquistada —merecida— por Jesucristo, conforme se subraya en el texto de *Filipenses* que se acaba de citar: Dios lo exaltó *por* haber sido obediente hasta la muerte de cruz.

Esta exaltación fue también objeto de esperanza y de oración para Cristo, conforme se ve, p.e., en Jn 17, 1 y 5, donde Cristo dice lo siguiente: *Padre, llegó la hora: glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique (...) Ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve cerca de ti antes de que el mundo existiese.*

Cristo nos salva también con su glorificación

La exaltación de Cristo culmina su vida y su obra, de forma que con la resurrección no sólo se inaugura una nueva forma de existencia

de Jesús de Nazaret –la existencia gloriosa–, sino que se inaugura también una nueva forma –en poder– de su acción mesiánica, conforme dice San Pablo: *constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de Santidad a partir de la resurrección de entre los muertos* (Rm, 1, 4).

La glorificación de Cristo es parte integrante de la obra redentora. Cristo nos libera del poder de la muerte con su resurrección y con su gloria. Con frase lapidaria lo confiesa el Prefacio Pascual: “El cual (Cristo), al morir, destruyó nuestra muerte y, al resucitar, reparó nuestra vida”.

El hecho de la Ascensión y su valor soteriológico

La Ascensión del Señor es un artículo de fe, que aparece en los Símbolos más antiguos como parte esencial de la exaltación de Cristo. En ella se expresa el señorío de Jesús, su plenitud de vida y poder, su potestad de Rey del universo.

Puede decirse que el núcleo esencial del contenido de la Ascensión del Señor se encuentra precisamente en la afirmación *está sentado a la derecha del Padre* en cuanto participación de Cristo en la soberanía del Padre, que le *ha entregado todo poder en el cielo y en la tierra* (Mt 28 18).

La Ascensión del Señor está ampliamente presente en el Nuevo Testamento

La Ascensión se encuentra descrita en dos relatos de S. Lucas (Lc 24, 44-53; Hch 1, 1-14) –el final de su evangelio y el comienzo de los Hechos de los Apóstoles–, y en el final del evangelio de S. Marcos (Mc 16,19).

San Pedro habla de la Ascensión en su primer discurso como el término del tiempo *en que vivió entre nosotros el Señor Jesús, a partir*

del bautismo de Juan hasta el día en que fue arrebatado en alto (Hch 1, 21-22).

Con la Ascensión terminan las apariciones del Resucitado

Los relatos del Nuevo Testamento (Mc 16, 19, Lc 24, 44-53; Hech 1, 1-14) dan particular relevancia a la Ascensión en cuanto ligada a la última aparición del Resucitado. Se cierra así un período en la convivencia de los discípulos con el Señor.

A partir de aquí se inaugura un tiempo nuevo –“el tiempo de la Iglesia”–, en el que se vive con la esperanza y el deseo de que el Señor vuelva. Esa vuelta tendrá lugar al final de la historia. Hasta entonces quizás podrá hablarse de visiones de Jesús, pero no de apariciones en el sentido preciso que se les da en el Nuevo Testamento, como acontecimiento en el que se fundamenta la capacidad de ser *testigo* de la Resurrección.

La Ascensión, causa de nuestra salvación

La Ascensión puede calificarse como la otra cara de la Resurrección. Como tal tiene importancia básica para los hechos salvíficos futuros: es el supuesto previo de la parusía. Es el fundamento de aquel *interim* de la Iglesia por su relación con el envío del Espíritu Santo. Es también manifestación de la entrada de Jesús en su gloria, de su entrada en el Santuario celeste, donde, *sentado a la derecha de Dios, siempre vive para interceder por nosotros* (Hb 7, 25), ejerce en el cielo su potestad regia y sacerdotal.

Aunque en esencia, para Jesucristo la Ascensión coincide con su resurrección y en este sentido no añade nada a su glorificación, sí tiene importancia en la historia de la salvación. El Señor alude a ese aspecto salvador de la Ascensión al decir: *Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré* (Jn 16, 7).

El Señor está sentado a la derecha de Dios Padre

Con la Ascensión se encuentra ligado lo que la Sagrada Escritura califica como estar *sentado a la derecha del Padre*. En el lenguaje del Nuevo Testamento, “estar sentado a la derecha del Padre” es la expresión y complemento de lo que se enuncia con la afirmación de la Ascensión.

En la Ascensión, la Humanidad de Cristo recibe el *efectivo* dominio sobre todo lo creado . Es precisamente en el ejercicio de este poder universal de Cristo donde llega a ser efectiva para nosotros la salvación. Por este poder somos regenerados, hechos *nueva criatura* (cf. 6, 15); por este poder se otorgará a los hombres la resurrección y la gloria. Somos salvados, pues, en la exaltación del Hijo del hombre hasta el punto de que San Pablo puede decir: *Con Él nos resucitó y nos sentó en los cielos* (Ef 2, 6).

El misterio pascual y el envío del Espíritu Santo

La relación entre Jesús y el Espíritu tiene dos aspectos principales

- En primer lugar, **Jesús y su obra aparecen como fruto del Espíritu**. Jesús es concebido por obra del Espíritu Santo (Cf. Mt 1, 18., 20; Lc 2, 35); el Espíritu desciende sobre Jesús en el Bautismo (Cf. Mt 3, 16; Mc 1, 10; Lc 3, 32; Jn 1, 32-33); el Espíritu interviene también en la misma Resurrección .
- Junto a esto, el Espíritu aparece también en el Nuevo Testamento como **donación de Jesús**. El Mesías no sólo posee la plenitud del Espíritu de Dios, sino que es también el mediador para conceder este Espíritu a todo el pueblo.

El Señor alude repetidas veces a esta característica de su mesianismo. Jesús ora pidiendo al Padre que envíe el Espíritu a los discípulos (Cf. Jn 14, 16-17); su partida de este mundo es condición para que venga el Espíritu . Jesús da el Espíritu a sus Apóstoles el día de la Resurrección . En la última aparición, promete a los discípulos que recibirán el poder del Espíritu, que vendrá sobre ellos y serán sus testigos hasta el extremo de la tierra (Cf Hch 1, 8). Finalmente, tras la Ascensión, al cumplirse el día de Pentecostés como destaca San Lucas, los Apóstoles reciben el Espíritu Santo (Cf. Hch 2, 1).

El Espíritu Santo es “fruto de la Cruz”.

La venida del Espíritu Santo es fruto del triunfo de Jesús, triunfo que implica tanto su inmolación en la Cruz –por eso se dice que el Espíritu Santo es fruto de la Cruz –, como su exaltación; y, al mismo tiempo, la venida del Espíritu Santo muestra la profundidad del triunfo de Cristo. Jesús *exaltado, pues, por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre el Espíritu Santo prometido, lo ha derramado sobre nosotros, como vosotros mismos estáis viendo y oyendo* (Hch 2, 33). Se trata de la donación del Espíritu que da origen y vida a la Iglesia.

Con el envío del Espíritu Santo el día de Pentecostés se inaugura el tiempo de la Iglesia .

2- JESUCRISTO, CABEZA DE LA IGLESIA Y SEÑOR DE LA HISTORIA

Sentado a la derecha del Padre, el Señor ejerce ahora su sacerdocio aplicando a cada uno de los hombres la salvación conseguida mediante los acontecimientos de su vida y de su muerte y de su exaltación. De Él viene a los hombres toda gracia y todo don. Él es el

Señor de la historia. Cristo es, efectivamente, *alfa y omega, principio y fin* (Ap 21, 6).

Cristo es el fin de la historia humana, no porque la Encarnación haya sido el último acto de la historia —como es obvio— sino porque la Nueva Alianza en Cristo es eterna y definitiva (cf. Hb 9, 12). Por eso, “en la vida espiritual no hay una nueva época a la que llegar. Ya está todo dado en Cristo, que murió, y resucitó, y vive y permanece siempre” (San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 104). Todo presente histórico después de la Encarnación no mira a Cristo como a algo pasado, sino como a algo presente.

El designio eterno del Padre de comunicarse a los hombres en Cristo

En Cristo se recapitulan todas las cosas

Dios creó todas las cosas *en vista de Cristo* (cf. Col 1, 16), de modo que al final de la historia todo sea *recapitado* en Él (cf. Ef 1, 10). En la unión con Cristo encuentra cada hombre —y, a través de los hombres, la creación material entera— su verdadera finalidad, la plenitud de su perfección.

Dios se comunica al hombre haciéndole hijo suyo

Dios se comunica al hombre haciéndole hijo suyo. Esto se manifiesta en forma especialmente gráfica en nuestra filiación divina. Somos hechos hijos de Dios en el Hijo por el Espíritu Santo. Es *en Cristo*, donde Dios se nos da como Padre, y el hombre es recibido como hijo.

En efecto, la divinización obrada por el Espíritu Santo en el corazón del hombre, le hace participar de **lo que es propio y personal de Cristo: su filiación al Padre**. Se trata de

la comunicación más íntima que Dios puede hacer de sí mismo al hombre.

El misterio de Cristo y el misterio del hombre

La verdad sobre el hombre en su dimensión más profunda es una verdad teológica

La capitalidad de Cristo sobre el universo entero y, en especial, sobre el hombre, como recuerda el Concilio Vaticano II, tiene como consecuencia que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (Conc. Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, n. 22). El hombre está llamado a realizarse plenamente precisamente en la unión con Cristo, *imagen de Dios invisible* (cf. Col 1, 15), hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina. Esta unión del hombre con Cristo es en sí misma un misterio del que nace el *hombre nuevo* llamado a participar en la vida de Dios (cf. 2 P 1, 4).

La verdad sobre el hombre es, antes que nada, una verdad teológica, como teológica es el ser y el fin del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios y, por la redención operada por Cristo, destinado a ser hijo de Dios.

El cristiano como “alter Christus”

El envío del Espíritu Santo tiene como objeto precisamente cristificar a los hombres, hacerlos conformes a la imagen del Hijo, hacerlos hijos de Dios en el Hijo (cf. Rm 8, 14-17). Somos hijos de Dios en Cristo por el Espíritu Santo.

La *cristificación* es una real y misteriosa *identificación* de cada hombre con Cristo, que sólo alcanzará su consumación en la gloria de la futura resurrección, cuando el mismo Cristo

transfigure el *cuerpo de nuestra debilidad en un cuerpo semejante a su cuerpo de gloria, según el poder que tiene de someter a sí todo el universo* (Flp 3, 21).

La unión con Cristo es una auténtica identificación con Él

Aquel que era ya semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado, nos hace semejantes a Sí mismo en el orden sobrenatural de la *deificación*: en la gracia y en la gloria. Precisamente por esto, podemos decir que Cristo es la fuente de toda santidad.

La unión del hombre con Cristo lleva, de por sí, a la *identificación* del hombre con Él. Por esto, “el cristiano está obligado a ser *alter Christus, ipse Christus*, otro Cristo, el mismo Cristo” (San Josemaría Escrivá de Balaguer, *Es Cristo que pasa*, cit., n. 96).

3- LA SEGUNDA VENIDA DEL SEÑOR EN GLORIA

Hay un misterio de Cristo que aún esperamos: su venida gloriosa, la *Parusía*. Nuestro tiempo –el tiempo de la Iglesia en la tierra– es un tiempo de salvación, ya alcanzada, pero que *aún no* ha llegado a su definitiva plenitud. Las palabras finales del *Apocalipsis* expresan esta tensión escatológica, entre el *ya sí* y el *todavía no*: *¡Ven, Señor Jesús! ¡Maranatha!* (Ap 22, 20).

La Parusía, consumación de la redención operada por Cristo

La venida del Señor, fundamento de la esperanza del cristiano

Desde el comienzo de la vida de la Iglesia, los cristianos han orado pidiendo al Señor que venga: *¡Maranatha!, Ven, Señor Jesús*

(Ap. 22, 20). La vuelta de Cristo, esta vez en gloria y majestad, consuma su obra salvífica. Esta consumación comporta a su vez el juicio universal, tan gráficamente descrito en el evangelio de San Mateo (cf. Mt 25, 41-46), y la instauración de los cielos nuevos y la tierra nueva.

La Parusía es el acontecimiento final de la historia, que atrae la atención del cristiano y fundamenta su esperanza. Es *el día del Señor*, el día de la manifestación pública y universal de su victoria sobre el mal. Los cristianos pueden ser definidos como hombres que aman la venida del Señor (cf. 2 Tm 4, 8).

El Señor vendrá a juzgar a todos los hombres

En el *Credo*, después de proclamar que el Señor ascendió a los cielos y está sentado a la derecha del Padre, se afirma que “desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”. Esta afirmación se coloca bajo el significativo lema que abarca todo el ciclo cristológico: “que por nosotros los hombres y por nuestra salvación...”. La potestad de juzgar que posee Cristo, y el mismo juicio, forman parte de la misión salvadora del Redentor.

Nuestro Señor se refiere repetidas veces a este juicio, con frases que son complementarias con la descripción de la Ascensión, pues dice que vendrá *sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad* (cf. Mt 24, 30-31; Mc 13, 26-27; Lc 21, 27). En la Ascensión, los ángeles dicen a los apóstoles que han visto a Jesús subir al cielo: *Este mismo Jesús, que os ha sido arrebatado al cielo, volverá de la misma manera que le habéis visto irse al cielo* (Hch 1, 11).

Parusía y juicio universal y restauración de todas las cosas

El juicio universal tendrá lugar al final de los tiempos, en la segunda venida del Señor

La segunda venida del Señor es esencialmente un acontecimiento salvador. En ella Cristo ejerce su poder regio mediante el juicio universal que es, antes que nada, salvación de los buenos y explicación de por qué Dios actuó como actuó, y permitió lo que permitió.

El juicio universal está unido a la venida gloriosa del Señor. En el Nuevo Testamento se le llama *parusía* (cf. 1 Co 15, 23; 1 Ts 2, 19; 3, 13), y algunas veces *epifanía* (cf. p.e., 2 Ts 2, 8; 1 Tm 6, 14.), poniendo de relieve con ambos términos el carácter público y solemne de la vuelta del Señor, como el rey que entra solemnemente en su ciudad. Es el momento en que llega a su manifestación definitiva y plena el triunfo de Cristo sobre el mal. Por eso la Parusía y el juicio universal son objeto de esperanza y de oración.

El juicio universal es victoria definitiva sobre el mal

Estaba profetizado del Hijo del hombre que recibiría el señorío, la gloria y el imperio sobre todos los pueblos (cf. Dn 7, 13-14); el Bautista habla de los tiempos mesiánicos como de tiempo de salvación y también de juicio (cf. Mt 3, 13-17). Este juicio es parte integrante de la victoria del Mesías sobre el mal y, por ello, pertenece a su actividad salvadora. Constituye parte esencial de la predicación primera, conforme dice San Pedro: *nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar que ha sido instituido por Dios juez de vivos y muertos* (Hch 10, 42).

Vendrá a juzgar a vivos y muertos *con gloria*, de forma que, mientras su primera venida fue en carne pasible y mortal, su segunda

manifestación a nosotros será gloriosa cuando venga no para sufrir, sino para dar a todos el fruto de su propia Cruz, es decir, la resurrección y la incorruptibilidad. Él juzgará a todos.

Jesucristo es Juez y Rey en cuanto hombre

Se trata de acontecimientos que conciernen a Cristo en cuanto hombre. Cristo es cabeza de la Iglesia en cuanto hombre; también en cuanto hombre ha sido exaltado sobre toda la creación; a Él, pues, también en cuanto hombre, pertenece el poseer la potestad judicial. Jesús afirma que ha recibido del Padre *poder para juzgar, porque es el Hijo del hombre* (Jn 5, 27. Cf 3, 23; 9, 39; 12, 48).

El triunfo de Cristo trae “los cielos nuevos y la tierra nueva”

El triunfo definitivo de Cristo clausura la historia humana haciendo llegar a plenitud la salvación del hombre. Esto tiene lugar precisamente en esa segunda venida prometida por el Señor, con la que se encuentran entrelazados el juicio universal, la resurrección de los muertos y la instauración de los nuevos cielos y la tierra nueva. En algunos Símbolos se confiesa explícitamente que estos acontecimientos tendrán lugar “en el último día”.

Tras esta victoria, *cuando todo le esté sometido, entonces el Hijo mismo se someterá a Aquel que se lo sometió todo a El, a fin de que Dios sea todo en todas las cosas* (1 Co 15, 28).